

PILAR CERNUDA,  
PERIODISTA

## Excelentísima señora



**E**xcelentísima señora Mato, Ministra de Sanidad: si efectivamente es capaz de conseguir que terminen de una vez por todas esas llamadas que nos agobian todos los días, a todas las horas, para ofrecernos lo que no hemos pedido a nadie que nos ofrezcan, seremos multitud los que le estaremos eternamente agradecidos. Es más. Si lo consigue, soy la primera en poner en marcha una colecta para levantarle un monumento.

No sé si por el hecho de ser ministra su teléfono bloquea llamadas de desconocidos, o si tiene eficientes secretarías que se hacen cargo de su teléfono oficial y también del personal, o si alguno de sus hijos se ocupa de las llamadas recibidas que no figuran en su agenda. Si es así, no comprenderá esta carta. Pero si comparte con su teléfono las mismas peripecias que las de cualquier españolito de a pie, entonces comprenderá de qué le estoy hablando y comprenderá también el estado de nerviosismo

---

Esas llamadas sacan lo peor de nosotros mismos. Se nos empieza a revolver la sesera y a hervir la sangre

---

de los ciudadanos que ya no podemos más de las llamadas a horas intempestivas, y a horas normales, y a las horas de comer, de cenar y de descansar. Las llamadas

los domingos a las siete de la mañana, las cinco o seis llamadas en un mismo día, las llamadas insistentes que las más de las veces aparecen en la pantallita como “teléfono privado” y que uno o una lo coge pensando que a lo mejor llama una persona importante que no quiere que su teléfono circule por ahí. Un ministro, por ejemplo. Usted misma, señora Mato.

Esas llamadas sacan lo peor de nosotros mismos. Ante el tono perfectamente reconocible –todos y todas las que llaman se expresan de la misma manera, deben haber hecho el mismo cursillo para las distintas compañías– se nos empieza a revolver la sesera y a hervir la sangre, porque a esa compañía ya le hemos pedido, suplicado, que nos borre de su ordenador, de su lista de posibles clientes. En algún caso –lo hice la séptima vez que me llamó la misma compañía en una misma tarde– amenazamos incluso con la denuncia. Pues nada, no se inmutan. Piden perdón porque en el cursillo les han debido pedir que lo pidan y no pasan muchos días sin que se repita la misma historia. A veces, ni siquiera días; en cosa de horas ya están con las ofertas.

Ha dicho usted en el Senado, señora Ministra, que están buscando una fórmula para que nada más recibir la prime-

ra llamada, la víctima –y digo bien– pueda pulsar una tecla o realizar una grabación de forma automática que advierta a la empresa que la tiene en su lista nefanda que no quiere recibir más ofertas de nada, que la deje en paz. Ojalá consiga encontrar esa fórmula, porque nos cambiará la vida. No creo que sea muy difícil. Contamos con cerebritos que se las saben todas; que antes de aprender a hablar ya han aprendido a manejar la tableta y el smartphone de su madre y de su padre, y le sacan más jugo que sus progenitores. Además podemos presumir de técnicos de primera que inventan lo que no está en los escritos y son capaces de hacer milagros con un ordenador. Seguro que encontrar una aplicación que permita bloquear esas llamadas indeseadas es para ellos pan comido.

Mi única preocupación es que ha anunciado la creación de una comisión interministerial para que se ocupe del asunto y, la verdad, esta ciudadana es más bien escéptica ante los términos “comisión parlamentaria de investigación” o “comisión interministerial”. Pero a lo mejor logra usted que los que formen parte de ella trabajen de forma eficaz y encuentren la manera de liberarnos de lo que para muchos es una auténtica pesadilla.

¿Sabe usted lo que es esperar con los nervios de punta una llamada para que nos informen del resultado de una operación quirúrgica delicada, por ejemplo, y encontrarnos con la historia de que si nos cambiamos de compañía telefónica vamos a ahorrar no sé cuántos euros? Y quien dice compañía telefónica puede decir también compañía eléctrica, de seguros, banco e incluso supermercado. Porque también algunos super e hiper se han apuntado a la práctica de las llamadas. En la última, de hace un par de horas, me tentaban con un juego de toallas de algodón, de cinco piezas, por menos de treinta euros. No es broma. Y encima piensas que la persona que llama seguro que está harta de su trabajo pero en estos tiempos de crisis se puede dar con un canto en los dientes por conseguir que la contraten como teleoperadora. Y, de la forma más educada posible, le dices entonces que muy agradecida pero que no necesitas toallas. Ni tampoco sábanas, por si se le ocurre.

Es un auténtico acoso. No tan grave como el laboral, desde luego, ni el sexual, que son palabras mayores. Pero las llamadas de ese tipo incordian, molestan, nos hacen mirar con recelo el teléfono, cuando el teléfono es a menudo un elemento básico de nuestro trabajo, o la manera de comunicarnos con los familiares y amigos que han tenido que irse a los confines del mundo para buscarse la vida.

Excelentísima señora Ministra: haga un esfuerzo, porfa, y meta prisa a los de la comisión interministerial. ¿Cómo era aquello de Ruphert te necesito? Pues eso.